

## CUADRO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.



### EL REY Y PADRE.

Hubo en el año 1506, un día muy funesto para la monarquía española, día en que temblaron los mas atrevidos porque les parecia escrito en los designios impenetrables de la Providencia que esta monarquía iba á perecer. Lo presente era triste, el porvenir se cargaba de negras nubes. Aquel día, el Rey se moria en la flor de su edad, la Reina estaba demente, y el trono tenia por heredero un niño incapaz de gobernar. Aquel día, el corazon de todos los buenos y leales españoles se comprimió con el dolor que causaba el aspecto de una tumba que se abria y de aquella cuna que les quedaba como única esperanza.

Amigos míos, lo que voy á contaros hoy es de la historia. La historia, esa gran maestra, tiene lecciones al alcance de todos, así de los reyes como de los pueblos, de los niños como de los hombres hechos. Los ejemplos buenos ó malos que nos presenta para que los sigamos ó imitemos tienen ademas la gran ventaja sobre aquellos que pueden sacarse de la vida comun que partiendo desde mas alto hacen mas fuerte impresion. Cuando haya llegado el tiempo en que podais comprender sus sublimes instrucciones, leed la historia pues en ella encontrareis á la vez



placer y provecho. En la actualidad es mas que nunca necesario, indispensable este estudio, sea cual fuere el rango en que el cielo nos haya colocado. Aprendedla, vosotros que quereis llegar á ser hombres útiles, y todos lo quereis ¿no es verdad? porque sabeis que Dios nos ha puesto sobre la tierra con la condicion de que nos hagamos útiles á los demas, y á nosotros mismos. Para probaros que no se olvida impunemente el mas santo de los deberes, que el castigo llega temprano ó tarde al que viola los derechos sagrados de la naturaleza, al hijo que paga con la indiferencia el amor de sus padres, he preferido escoger un personaje ilustre, un niño que pasa á ser rey, un rey que fué célebre y cuyo nombre no han olvidado los españoles ¡Grande leccion es esta amigos míos!

Pasó pues este suceso en Burgos capital de Castilla la Vieja, una de las provincias de España, el año de 1506. En el palacio de los antiguos reyes de este país, sobre un elevado lecho, á la moda de aquel tiempo, adornado de altas y magníficas colgaduras, en medio de un estenso salon, yacía un hombre rendido al peso de la enfermedad; mas á pesar del dolor impreso en sus facciones donde ya la muerte queria arrebatarlo á la vida, á pesar de sus ojos hundidos, y empañados, á pesar de sus lívidas megillas y de sus cárdenos labios, se veía fácilmente que ese hombre era jóven todavia; demasiado débil para agitarse en el lecho, para pronunciar una palabra, tenia constantemente fija la vista hácia arriba, y por intervalos solamente se entreabria su boca para dar paso á sonidos inarticulados y sordos, á palabras ininteligibles en las que únicamente se adivinaba el acento del lamento. Entonces solamente tambien, una muger mas bien agoviada que sentada en un ancho sitial, al pie del lecho, levantaba la cabeza y contemplaba al enfermo con una especie de estravío. Despues caía ella de nuevo en su inmovilidad primera, pálida y como anonadada; hubiérase dicho que era una hermosa estatua. Habia desesperacion en su actitud, en toda la espresion de su fisonomía. Mucho padecia esta muger, ó á lo menos mucho habia sufrido, y sin embargo no lloraba porque el manantial de sus lágrimas se habia agotado á fuerza de derramarlas; no se quejaba, no gritaba para aliviar su corazón demasiado oprimido, porque le faltaban las fuerzas para quejarse; parecia insensible al lado de aquel lecho de muerte, y nada menos que la voz del ser querido que alli se estinguió cerca de ella, necesitaba para despertarla del horroroso y pesado sueño que embargaba su razon, y aun esto era solo por un momento como os dije hace poco, y el sueño volvía mas molesto y completo. Sus facultades la abandonaban una despues de otra, vivía en otro mundo, y nada oía, nada veía, nada sentía de lo que pasaba en este, porque estaba loca.... Sí, una loca y un moribundo la



locura es á veces un beneficio enviado del cielo que se apiada de los desgraciados.

Habia ya muchas horas que ella se mantenía inmóvil sobre su silla desde que se había perdido toda esperanza de la mejora del enfermo y que este había recibido todos los socorros de la religion. Muchas horas habia que reinaba un profundo silencio en el salón mortuario, turbado únicamente por los rumores lejanos de la ciudad y de tiempo en tiempo por los lentos y mesurados pasos de las guardias del palacio, que hacian centinela por fuera de la entrada de aquella real estancia, donde un hombre que poco antes era bello y poderoso, iba á devolver su alma á Dios.

De pronto se abre una mampára entapizada, y se presenta un niño. Al entrar echó desde luego una ojeada sobre el lecho del moribundo, y despues otra sobre la hermosa muger sumida en el dolor, y este espectáculo que habria conmovido á los extraños mas indiferentes, que habria enternecido el corazon mas duro, no escitó en su semblante demostracion alguna que indicase emocion interior, cuando mas espesaron sus facciones las frias sensaciones de la curiosidad. No era aquel un niño como los otros, ¡oh! no, él no se parecia á los de su edad, porque ¿quién de vosotros, amigos míos, si el lúgubre cuadro que acabo de pintar se ofreciere en realidad á vuestra vista, quién de vosotros se conservaria insensible á tanta afliccion? el dolor es contagioso porque se comprende en todas las edades, y siempre, á menos que no se tenga alma. Es una señal de bondad cuando en la juventud lloramos viendo correr las lágrimas de aquellos que amamos, aun en la ignorancia de la causa que las hace derramar. Es mas todavia, esta compasion instintiva es una ley de la naturaleza, y ¡ay del niño, que como el de mi historia, carece de este instinto! Mas poned atencion.... aun ignorais quienes son los tres personajes cuyas posiciones y actitudes respectivas os he descrito.... vais á ver.

El jóven que la muerte arrebató á los veinte y ocho años de edad, se llamaba Felipe el *Hermoso*, duque de Austria y rey de España; aquella muger que lo vigilaba era la suya, que los historiadores han llamado Juana la *Loca*, epíteto muy bien aplicado por desgracia. ¿Y el varoncito de mal corazon? aquel niño era hijo de los dos, era Carlos que despues fue Carlos V rey de España y emperador de Alemania; su hijo, ¡lo ois! y su madre, el bien lo veia! su desesperacion la hacia insensible; mas él no lloraba! su padre iba á espirar; bien comprendia que iba á perder el padre, sus ojos sin embargo estaban enjutos! Eso es horroroso en un hijo; ¿no es verdad? Escuchad aun.

A la llegada de Carlos, la pobre reina, recobrando por un

instante algun tanto la razon, habia dejado su asiento, y acercándose despues á él, le habia tomado de la mano y conducido delante del lecho, donde inclinándose hácia el enfermo hasta el punto de atraer su atencion, le hizo una señal que parece hubo aquel de comprender, y sin pronunciar palabra, levantó ella el dedo dirigiéndolo lentamente hácia su hijo mientras su esposo seguía aquel ademan con una mirada amortiguada. El padre comprendió lo que queria la madre. Se volvió trabajosamente del lado del niño que Juana habia hecho se pudiese de rodillas, y poniendo sobre su cabeza una mano trémula:

—«Que Dios te bendiga como yo te bendigo, hijo mio! le dijo con voz débil que habia podido esforzar sin embargo para su piadosa despedida paternal.

Carlos nada respondió, y se levantó tranquilamente con la misma fisonomía impasible, con la misma mirada dura y fria.

Cuando la voz del rey dejó de oirse, Juana cayó sobre su silla en su actitud ordinaria de sombrío enagenamiento. Hubieran dicho que la razon no habia iluminado su espíritu mas que el tiempo preciso para que su pobre corazon se consolase con aquella bendicion pronunciada por su tan amado esposo sobre la cabeza de su hijo muy querido. En verdad que la reaparicion de la locura fue para ella un gran beneficio en semejante momento. ¿No se habria destrozado su alma bajo el peso de la mas imponderable agonía? ¿no habria aquella desgraciada madre padecido mil veces mas que la muerte si hubiese visto á su Carlos indiferente á aquellas solemnes palabras, á aquella invocacion de la proteccion divina proferida por una boca moribunda, por la boca de un padre; pues para una madre el tormento mas horrible, el mas punzante dolor, es la ingratitud de su hijo.

En esto empezó la agonía y el estertor de la muerte turbó solo el silencio de escena tan imponente.

Despues de haberse mantenido algunos instantes inmóvil como si hubiese reflexionado profundamente, dejó Carlos en fin esta postura que testificaba su indiferencia por lo que pasaba en torno de él, dió algunos pasos por la sala, mas no fue ni para arrojarle en los brazos de su pobre madre, ni para precipitarse sobre la mano del moribundo, que acababa de bendecirlo, besándola y bañándola con sus lágrimas piadosas, no. Fue á colocarse detrás de la cabeza del lecho régio, puso unas sobre otras cierto número de almohadas, y cuando tubo bastantes para que le diese suficiente altura, se subió encima, y desde alli se puso á escuchar la respiracion ahogada de su padre. Un momento despues como si su curiosidad no estubiese del todo satisfecha, se inclinó hácia la cabeza de manera que veía bien la cara del paciente, y asi colocado en observacion, pudo examinar segun se iban presentando cada una de las angustias, cada



una de las crispaturas horribles que trafa la agonía, esa última y espantosa lucha de la naturaleza con la muerte; sin duda quería aprender lo que se hace para morir.

En breve sin embargo retrocedió con una especie de temor: su padre no existía ya, acababa de exhalar su último suspiro, y Juana, que lo había oído y comprendido, había dado un grito angustioso, y dos grandes lágrimas corrían por sus pálidas mejillas, en las que se detubieron al punto, enjutas por la locura que le robó de pronto la memoria; mas compadecidla, hijos míos, pues aquella vislumbre de razón tan rápida la había dirigido un terrible golpe; ese suspiro había penetrado hasta su corazón como la punta de un agudo puñal. Compadecidla porque en ese corto instante había tenido que sufrir también otro dolor, el de ver la calma y los ojos secos del hijo delante del cuerpo exánime del padre!....

Los ojos de Carlos tampoco se humedecieron cuando su madre gritó, cuando en las mejillas pálidas de su madre vió correr las dos gruesas lágrimas.

Pasáronse algunos instantes antes que la noticia de la muerte del rey se esparciese por el palacio, y por la ciudad; y cuando la leal servidumbre, anunciando la llegada de los grandes del reino, entraron en la sala, hallaron á Juana taciturna, desesperada y loca, esta vez para siempre. Hallaron también su joven príncipe en la actitud que acabo de mostrárosle contemplando aun las desfiguradas facciones de su padre, absorto completamente en aquel mudo exámen, como si la ambición hubiese ya tomado lugar entre sus pensamientos infantiles, como si una idea hubiese dominado en él todas las otras, la idea de que muerto su padre iba él á ser rey!.... Si, en aquella hora en que quedaba casi huérfano, en aquella hora en que le había sido robado todo lo que debiera amar, en aquella hora tal vez nada sentía, y solo pensaba en su futura grandeza, en el placer de mandar, de llevar una corona.

Empero tranquilizáos, amigos míos! Dios lo castigará!

Cincuenta años se han pasado. Durante ese largo espacio de tiempo, Carlos V ha sido un rey poderoso, un emperador lleno de gloria; ganó brillantes victorias, triunfó de muchos obstáculos, formado muchas empresas y siempre le ha sonreído la fortuna. Casi nunca fue dado á un solo hombre reunir bajo su dominio un número tan grande de Estados y de reinos: la España, los Países Bajos, la Alemania, una gran parte de la Italia le estaban sometidas. Aun hay mas: la América acababa de ser descubierta por Cristóbal Colón, y Hernán Cortés había conquistado el imperio de Méjico para Carlos V; mientras Pizarro conquistaba igualmente el del Perú; de suerte que podía decir con razón que *el Sol nunca se ponía en sus estados*. Ade-

mas todavia hay que añadir que venció á los franceses, haciendo prisionero á su rey Francisco I, el rival de su gloria, y ganando muchas provincias y plazas. Carlos V en una palabra, ha sido un monarca grande y feliz.

Fatigado sin embargo de su prosperidad, queriendo pasar en el reposo sus últimos dias, despues de haber vivido tanto en los tormentos de la ambicion y de la política, vedle ahí que ha abdicado la corona. Tenia un hijo llamado Felipe, y recordareis que asi tambien se llamaba el padre de Carlos V. A ese hijo transmitió la bella corona de España en una asamblea de los estados, celebrada en Bruselas ciudad de los Países Bajos, hoy la Bélgica. Los historiadores nos han conservado el discurso que pronunció en esta ocasion, discurso que terminó con estas afectuosas palabras que pintan bien todo su amor paternal, y lo que confiaba en el reconocimiento de su hijo.

«Presiento, dice, que mi fin se acerca. En lugar de un anciano enfermo os doy un príncipe jóven y de un distinguido mérito. Yo os pido que le obedezcais como me habeis obedecido, como me obedecereis todavia.»

En seguida dirigiéndose á Felipe continuó.

«Si hubieses entrado por mi muerte en posesion de tantas provincias; habria sin duda merecido algo de un hijo por haberle dejado tan rica herencia; mas puesto que te hago gozar con anticipacion de sucesion tan grande, te pido que des al cuidado y al amor de tus pueblos lo que me debes. Pocos habrá que imiten mi ejemplo, como apenas he hallado yo alguno en los pasados siglos que poder imitar; pero al menos se alabará lo que he hecho cuando se vea que mereces que se haya empezado por tí.»

Cuando este discurso se terminaba, Felipe se echó á los pies de su padre y le pidió la mano para besarla; pero el emperador poniéndole aquella misma mano sobre la cabeza, imploró el auxilio divino para este príncipe, despues de lo cual se mantubo algun tiempo sin poder hacer mas que llorar.

Felipe II es rey de España, y Carlos, renunciados voluntariamente sus derechos, se ha retirado al monasterio de San Yuste en Estremadura, para terminar en la soledad del claustro su vida tan agitada y al mismo tiempo tan brillante. De todas sus riquezas no ha censervado mas que una pension bien módica en comparacion de los tesoros que habia poseido en otro tiempo; mas el nuevo rey debia tener necesidad de dinero para sostener una guerra ruinosa contra la Francia; y el padre generoso hasta lo último, no ha retrocedido á la vista de este sacrificio. Por su parte Felipe, cuya ambicion profundamente oculta se encontraba satisfecha con el trono, se ha obligado á pagar esa pension con exactitud, y ademas á rodear la vejez de



su padre de atenciones y gratitud. Carlos contaba con esta promesa.

El reinado de Felipe II tubo lo que presagiaba el carácter de este príncipe, hipócrita y disimulado, astuto y cruel, nada descuidó para asegurar su poder. Bajo el velo de un grande amor á la religion, fue quien estableció en España y en los Países Bajos la Inquisicion, ese formidable poder cuyo solo nombre hace temblar. En una palabra, temido de sus súbditos, aborrecido de sus vecinos, mereció pronto se le llamase el *demonio del Mediodia*, epíteto justamente consagrado por la historia.

Mas volvamos al monasterio de San Yuste. Apenas habia el anciano rey entrado en aquel retiro cuando principió á conocer que con la corona lo habia perdido todo: contaba con señales de respeto, y se le atendía tanto como si estuviese muerto, ó jamás hubiese existido: creia haber conservado sus amigos, y ni un grande de su corte, de aquellos que en otro tiempo le rodeaban solícitos, que se inclinaban cuando hablaba, ni uno siquiera vino á visitarle; esperaba que su hijo, aquel hijo que habia hecho rey antes de tiempo, le consultaría á menudo para la direccion del reino, y el hijo olvidadizo no le pedia ni un consejo siquiera. Entonces comprende el vacío en que ha caido, comprende esta verdad de todos los tiempos y de todos los países, que los mas poderosos monarcas, reducidos á sí mismos, no tienen mas que impotencia y debilidad. Gran leccion, mis jóvenes amigos, no solamente para los reyes, sino tambien para nosotros, para todo hombre que gozando en el mundo de una bella posicion, cree tener amigos y no tiene mas que aduladores, y apenas le acomete la desgracia, todos esos amigos tan solícitos desaparecerán, como dice el poeta, cual aquellas aves de paso que vuelan á otros lejanos climas, cuando llega el invierno.

Se cuenta que Carlos, tan mal pagado por lo que habia hecho, se arrepintió de haber cedido el lugar á su hijo, que se mostraba tan poco reconocido. Nadie puede asegurar que esto sea cierto, mas si sucedió así, figuráos su cólera, su dolor y su desesperacion! Veis aquel hombre cubierto de los hábitos de un monje que lleva debajo de sus hábitos un corazon roido por el recuerdo de un bien perdido para siempre. Vedle allí en su celda solitaria, echándose en cara durante las largas noches una accion que creyó generosa y grande, suspirando en vano por ese trono del cual bajó por su propia voluntad, y detestando con el mayor odio posible aquel retiro tan pacífico para los otros, tan espantoso para él. Ah! ese es un suplicio espantoso..... mas si lo sufrió realmente fué muy justo, porque él tambien ha sido ambicioso, él tambien siendo muy

niño ha pensado en el trono delante del lecho de muerte de su padre, y la mano de Dios le castiga por donde ha pecado. Con todo eso no se puede dejar de compadecer aquel desgraciado, en otro tiempo dueño de tantos reinos, hoy sin poder, sin poder á mayor abundamiento contra sí mismo, contra esa voz que le grita sin cesar: Carlos, tu hijo es rey, y tú ya nada eres; él todo te lo debe y te desprecia; tambien se teme que nose creará tranquilo poseedor de lo que le has dado hasta que hayas fallecido.

Porque esto es cierto; el desconfiado Felipe vería con el mas alto desagrado las visitas de los antiguos cortesanos de su padre, que eran ya los suyos, al monasterio de San Yuste, y los cortesanos prontos siempre á obedecer, comprendiendo la voluntad de su nuevo señor han abandonado á aquel que lo fué, mas ya no lo es. Felipe teme á su padre y su regreso á la ambicion; tiene miedo que arrepintiéndose de su abdicacion, intente volver á empuñar el cetro. Felipe queria verle morir..... Felipe es el digno hijo de Carlos V.

Empero que cese de temblar; el monje de S. Yuste ya viejo mas por los pesares que por los años, está tendido, enfermo sobre la camilla, de la cual no ha de volver á levantarse con vida: una última prueba de abandono lo ha rendido. Como para probar su paciencia, como para manifestar cuanto se rie de su debilidad, y hasta qué punto desprecia sus clamores, Felipe II reusa pagar al viejo rey enfermo aquella pension, única riqueza que él mismo se habia reservado entre tantos tesoros. Felipe hace valer frívolos pretextos para no cumplir su promesa que debia ser inviolable y sagrada. Carlos no se ha engañado, ha visto claramente la ingratitud, y cualquiera que fuese su fuerza de alma, no ha podido resistir este duro ataque. Ha abandonado los trabajos que distraian las horas tan lentas de la soledad, porque su espíritu inquieto tenia necesidad de una ocupacion continua, de un obstáculo que superar, de un fin al cual llegar, y se ha dedicado, artesano infatigable como habia sido infatigable soberano, á fabricar relojes proponiéndose resolver este problema singular; hacer que muchos relojes de péndola diesen la hora uniformes. Muchas veces tambien, en las tinieblas de la noche no pudiendo conciliar el sueño, iba por un extraño capricho, á tocar las campanas del convento, dando lugar á que un monje incomodado con el repique lo reprendiese justamente, en estos términos. *Despues de haber metido tanto ruido en el mundo, no podeis al menos dejarnos aquí dormir tranquilos?*

Mas hoy sus tareas se han suspendido, su problema ha quedado por resolver, lo que no es de admirar pues no llegará jamas á resolverse; hoy las campanas del monasterio novolverán á turbar el sosiego de los monjes. Carlos está enfermo, Carlos vá á morir. Los monjes llenaban su celdilla, y el buen prelado con pa-



labras de consuelo, y amistosas, trata de hacerle menos difícil el tránsito de este mundo al otro. En tanto que sentado á la cabecera del lecho, llena de este modo la tarea mas santa de su ministerio de paz, los hermanos religiosos están de rodillas rogando al cielo por el alma de aquel rey, que va á morir. Carlos escucha atentamente las piadosas exortaciones de su confesor, mas puede leerse en su cara una punzante inquietud; se agita, y cuando el superior cesa de hablarle al oído y repetirle las palabras sagradas que ayudan á bien morir, Carlos sigue escuchando y escucha por si percibe en el monasterio algun ruido no acostumbrado. De cuando en cuando se clavan sus ojos con esperanza, y despues con tristeza sobre la puerta de la celda; parece que espera con impaciencia la llegada de alguno, y este no viene. Entonces suspira, tristes gemidos salen de su pecho, y los asistentes redoblan fervorosos sus oraciones, creyendo que aquellos quejidos son el último esfuerzo del alma que quiere al fin despojarse de su terrenal envoltura.

Sin embargo no es nada de eso: Dios permite que la prueba se prolongue para dar al moribundo tiempo de esperar aun, de esperar en vano. Felipe II, instruido ya del estado de su padre, y que es á quien este quiere ver, cuya llegada está esperando, no parece! Que se dé prisa, que se dé prisa si le interesa recibir la bendicion paterna, porque Carlos siente ya sobre sí la mano helada de la muerte. Si se tarda algunos instantes, cuando llegue no existe Carlos!

¡Oh quizás en aquella hora última hubo en el corazon del padre abandonado un pensamiento de maldicion contra la ingratitud de su hijo; quizás quiso llamar sobre este hijo de alma fria y cruel la venganza del cielo que atiende á los padres que maldicen á sus hijos desnaturalizados, pero la maldicion no acudió á sus labios porque en esta hora suprema le envió Dios un recuerdo de que él tambien habia tenido padre....

Acordóse de que cincuenta y dos años antes su padre se moria, su madre estaba loca en el palacio de Búrgos, y que él habia visto con ojo enjuto la agonía y la muerte de su padre, el dolor y la locura de su madre, toda aquella escena de duelo que sin duda habia olvidado durante su vida de monarca, se reprodujo entonces en su memoria de agonizante; y pronunció bajo estos dos nombres: Felipe de Austria, Juana la Loca, y conoció que Dios era justo castigándole por medio de su hijo puesto que él habia sido tambien mal hijo.

Desde este momento aceptó con resignacion el castigo que habia merecido, se arrepintió y no maldijo sabiendo bien que su maldicion recaeria sobre él mismo; y habiendo hecho señas de que queria hablar, los religiosos interrumpieron sus oraciones para escucharle.

—Decid á mi hijo que aunque ausente lo bendigo!  
Estas fueron sus últimas palabras. Algunos minutos despues los monjes de San Yuste recitaban el oficio de difuntos.



## LA CABEZA DE MADERA,

6

### ERNESTO EL CRÉDULO EN EL CUARTEL DE INVÁLIDOS.

La credulidad es una debilidad del ánimo que nos lleva á creer las cosas mas increíbles, y que nos pone á merced de todos aquellos que quieren burlarse de nosotros. Sobre todo en la edad de la ignorancia, en los primeros años de la vida, es cuando el hombre está espuesto á los inconvenientes, y aun á las desgracias de esa credulidad que altera la naturaleza de las cosas, y hace que se preste fé á lo imposible.

He conocido un niño, que queria á viva fuerza hacer un viage á la luna, puesto á caballo sobre un baston, porque se le



había dicho alguna vez que semejante viage era posible, y por-que en otra ocasion se le había hecho creer que ese satélite de la tierra era un gran queso de Búrgos; y cuando pedía la esplicacion de los menguantes de ese astro, se unia en su cerebro un error á otro, diciéndole que eran los pájaros los que disminuian así y consumian al cabo ese queso, picoteándolo. El niño que tenía grande aficion á ese queso, y que cabalgaba muy bien sobre un baston, importunaba sin cesar á los que andaban á su alrededor con súplicas para conseguir permiso para el viage, llegaba hasta encolerizarse violentamente, de modo que era preciso para calmarlo, darle un verdadero queso de un tamaño igual en la apariencia al de la luna. He conocido otro niño á quien un criado había hecho creer cierto dia que pondria huevos cuantas veces quisiese. El niño era muy aficionado á los huevos, y el criado se había procurado por este embuste el medio de docilizar el niño, que se figuró tenían todas las personas mayores la misma facultad que el sirviente.

Este pobreillo ignorante, que por otra parte no era tonto, servia de juguete y burla á sus camaradas, que por esta causa se lo mostraban unos á los otros con el dedo, diciendo: Ahí tienes á Carlos que solo desea llegar á ser grande para hacer lo que la gallina: *Carlos-Gallina* fué el apodo que conservó este niño hasta la edad de quince años y le suscitó una porcion de burlas y de disputas.

Pero vamos á la cabeza de madera. Todo el mundo conoce en Madrid el cuartel nacional de los inválidos, ese magnífico y solemne edificio, monumento grandioso que está destinado á recibir militares veteranos, que fueron inutilizados en los campos de batalla, sirviendo á la patria. A esos valientes se les alberga, se les mantiene y viste á costa del Estado, que han defendido contra el estrangero en mil combates. Tienen ademas cada semana una pequeña suma que se les dá para sus recreaciones, regularmente reducidas á beber una copilla de aguardiente, llenar la caja de rapé, ó fumar un puro. Tienen un gran jardin donde pasear, y sus juegos habituales son los diversos juegos de bochas ó de bolos. Al ver los viejos restos de nuestros ejércitos con su airoso uniforme, esparcidos por aqui y por alli en la estacion florida del año entre los árboles que los cubren con su sombra, se cree ver aquellas almas guerreras de los campos Elíseos, que nos describe la fábula, y que al fin son una mentira, pero una mentira inocente que los autores dan por tal, una mentira ingeniosa que divierte á la gente y no engaña á nadie. ¿Quien no ha visto ese gran cuartel unido al célebre santuario de N. S. de Atocha? Quién no ha visto la distribucion, capacidad, adorno y primor de ese edificio en sus departamentos interiores, ese refertorio adornado con cuadros que representan grandes ba-

tallas, esas cocinas espaciosas, que recuerdan las bodas de Camacho el rico, por la abundancia de las comidas, bien condimentadas y la hermosa batería de servicio? Solamente el número de piernas, brazos, ojos y narices no se encuentra en este edificio en proporcion con el de individuos que lo habitan; no hay dos veces tantas piernas y brazos como personas, ni tantas narices como individuos, ó un número doble de ojos que el de hombres. Entre cien valientes, es posible que no puedan presentar mas que ochenta piernas, estender mas de noventa brazos, abrir mas de sesenta ojos y que solo estornudarán sesenta narices, y esto sin hablar de las mandíbulas que se llevó una bala, ó cortó un sable. En los largos corredores ó galerías de ese cuartel, se oye frecuentemente el ruido seco, apagado de la muleta en las baldosas; se vé un hombre con pata de palo conduciendo á un ciego; se vé á otro sin nariz conduciendo al refectorio un camarada que comerá susopa con una mandíbula artificial. Todo esto, amiguitos míos, es digno de verse, y confieso que no obstante la belleza exterior é interior, lo que causa mas placer, es el aspecto de todos esos valientes que encontrais á cada paso y que llevan militarmente la mano á su viejo chacó cuando los saludais, lo que siempre se debe hacer por respeto á los antiguos defensores de nuestro país.

Hablábase en casa del señor de Anglas una noche del cuartel de inválidos, y lo que se decia incitaba al pequeño Ernesto, hijo de este caballero que tenia el mas vivo deseo de ver el cuartel. Cuando he dicho pequeño he dicho mal; porque Ernesto tenia diez años y en esta edad no se debe ser crédulo. Desafortunadamente cuando era aun muy jovencito algunos parientes y algunos criados, para manejarle á su gusto, durante los cortos instantes que estaban á su lado, le habian hecho creer una multitud de cosas absurdas, sin preveer sin duda los inconvenientes de semejante método de hacerse obedecer. Ernesto pues, aunque de edad de diez años estaba sobradamente dispuesto á creer lo imposible. Manuel su camarada, un picarillo completo, para avivar mas el deseo de Ernesto de ver el cuartel de inválidos, le dijo al oído: «Hay allí un hombre que tiene cabeza de palo.—Cierto?—Por mi palabra de honor.» Manuel empeñaba, como se ve, muy fácilmente su palabra de honor: Ved ahí al pobre Ernesto que no dejaba de repetir á sus padres sin espera alguna, le permitiesen ir con Manuel un día de asueto, á ver el cuartel de inválidos. Concédesele el permiso. Por el camino Manuel va hablando á su crédulo amigo de la maravilla del hombre con cabeza de madera. Ernesto ansía por llegar; quisiera tener alas. Llega en fin, mas su compañero finge tener que evacuar un encargo no lejos de allí, y dice á Ernesto que vendrá á juntarse con él en el paseo inmediato al



cuartel. Ernesto se presenta solo al conserge y como el hábito de la credulidad y de la atencion á las cosas estravagantes imprime en la fisonomía no se qué marca de idiotismo y embrutecimiento; el inválido conserge lo mira y dice para sí; este es hombrequito bastante gallardo, pero que tiene cara de bobo.» Señor, dijo Ernesto, quisiera usted decirme donde podré ver al hombre de la cabeza de madera?—Es claro, dijo aparte el inválido; es un imbécil; démosle una leccion, nos reiremos y esto le servirá. Despues le dijo en voz alta: «La cabeza de madera, mi jóven amigo, la hallará usted en el interior del cuartel allá abajo; vaya usted y pregunte. Apenas ha entrado Ernesto, se pone el inválido á reir en union de sus camaradas, y convienen entre sí en prevenir á los otros á fin de hacer correr al tonto. Toman pues distintas direcciones y pasan la palabra á los inválidos que se pasean ó están parados en los diferentes sitios del cuartel.

Ernesto, llega á la primera sala, encuentra un sordo. Se acerca á él y dice: militar, teneis la bondad de decirme donde está la cabeza de madera?—El sordo le contesta; servidor de usted señorito.—Dónde podré yo ver esa cabeza?—Gracias, señorito, sois muy atento. Ernesto se dirige corriendo á otro inválido y le hace la misma pregunta.—Id al refectorio, se le responde; la cabeza de madera come. Ved aqui á Ernesto encantado, estasiado. La cabeza de madera come! Qué curioso debe ser verla comer! Llega al refectorio, y no encuentra á nadie! Cuando regresaba tropieza en una muleta.—Perdon, militar, me direis si os parece, donde se encuentra en este momento el hombre... De cabeza de madera? interrumpe el inválido.—Precisamente.—Mas lejos de aqui, atravesad aquel patio, tomad por el corredor de la izquierda, adelantad un poco, hallareis un jardin en el cual vereis y oireis á la cabeza de madera que toca la flauta.—La flauta! grita Ernesto corriendo, la flauta! que bonito debe ser esol... En el jardin, como en el refectorio nadie se ve; en fin va de corredor en corredor, de patio en patio, de sala en sala, de escalera en escalera, de cuarto en cuarto, y en ninguna parte encuentra la maravillosa cabeza. Sin embargo está persuadido de que está en el cuartel, y llega á pensar que es posible, tanto se le ha repetido lo bien formada que es esta cabeza, la haya encontrado sin echarlo de ver; y entonces anda de inválido en inválido, mirándolos atentamente de cerca y diciéndoles con sencillez.—Sois vos, militar, el que tiene la cabeza de madera? Cuando pasa todos rien, y cuando se aleja es mayor el estrépito de la risa. Ofrece dinero por ver la tan deseada cabeza. Los inválidos no lo aceptan. En fin completamente cansado, estropeado, sudando, se resuelve á salir del cuartel para agregarse á su amigo Manuel, persuadido que será mas afortunado en una se-

gunda visita. Al pasar por delante del cuarto del conserje, se detiene y dice al inválido.—Militar, es muy desagradable haber buscado por todas partes la cabeza de madera, y no haberla hallado. El inválido lo toma por los brazos y le dice:—Voy á enseñar á usted una verdadera cabeza de madera.—Os lo agradeceré mucho.—Vedla ahí, replicó el inválido poniendo á Ernesto delante de un espejo, donde vió su propia cabeza.—Oh! esa es una cabeza de madera? exclamó Ernesto; esa es una cabeza muy de carne y hueso! Sí, sí, dijo un inválido que se reía con disimulo, mas una cabeza como la de usted, bobalitoncillo tiene mucha semejanza en cuanto á discernimiento é inteligencia con una cabeza de madera. Al mismo tiempo todos los inválidos señalándole con el dedo, empezaron á gritar para corregirlo sin duda de su credulidad.—Oh! la buena cabeza de madera, la cabeza de madera!

Confuso con lo que le pasaba, volvió Ernesto á su casa formando propósito, (después de haber perdonado á su amigo Manuel, que por otra parte era un lindo chico), de no creer mas que en las cosas razonables, y en cuanto á las estraordinarias, consultar á los hombres instruidos, que ningún interés tubieren en engañarle.

### CUAN PRECIOSO ES EL TIEMPO.

Conocer todo el valor del tiempo es saber vivir. Un dormir agitado por ensueños penosos solo deja cansancio, y un recuerdo desagradable: lo mismo sucede con una vida mal empleada.

*Repararé el tiempo perdido*: frase muy comun y poco acertada; se puede con ella manifestar el pesar del mal uso que hemos hecho del tiempo, empero no reparan su pérdida.

Supongo que habiendo pasado dos ó tres años en la pereza, os dediqueis luego con ardor por igual espacio de tiempo al trabajo, no será por eso menos cierto que si siempre hubiéseis trabajado lo mismo, habriais doblado vuestro tiempo.

Nada hay tan calumniado como el tiempo; tan pronto se le acusa de rápido como de lento. Su marcha es terrible, porque es irrevocable y sin descanso, pero lenta, igual, mesurada. Vuestra vista no puede percibir su imperceptible movimiento sobre el cuadrante que la traza; pero pensad que esa aguja que os parece inmóvil, marcha siempre adelante, adelante, adelante, que nunca se detiene, y que no retrograda jamas!.... Amables niños, aprovechad el tiempo porque se os escapa y no vuelve.



**Las Golondrinas.**

## LAS GOLONDRINAS Y EL GORRION.

## FÁBULA.

Un astuto gorrion  
Le dijo á una golondrina  
—¿Cómo haceis entre vosotras  
Mi dulce y querida amiga,

Para vivir sin ruido  
Sin odios y sin rencillas,  
Cuando nosotros pasamos  
Riñéndonos todo el día?

Pretendiendo cada cual  
En confusa algaravía  
Que su hermano es el culpado  
De los males de su vida.

Y á picotazos armamos  
Una cruel carnicería  
Logrando solo la paz  
Sobre la agena ruina.

—La paz encanto del alma  
Replicó la golondrina  
Gritos combates y muertes  
No es facil que la consigan.

Si el mal humor un momento  
A pelear nos inclina,  
Lo calmamos al instante  
De una manera sencilla.

—De cuál? dijo el gorrion,  
Revélala por tu vida?

—La dulzura de caracter,  
Respondió la golondrina.

Para poder ser felices  
Los que viven en familia  
Para desarmar los odios  
Y evitar funestas riñas,

La manera mas segura,  
La mejor, la mas sencilla,  
Siempre fué, ó niños amables,  
La que dió la golondrina.

M.